

SAN JUAN DE GAZTELUGAITZ

POR NESTOR DE GOICOECHEA

PRELUDIO.—¡24 de junio, día de San Juan...! Solsticio de verano, día y noche, noche y día, en que todo es alegría. Memorable para todo buen «mutiko», que afanosamente ha estado todo el año recogiendo leña para la clásica y tradicional hoguera de la víspera. Al recordar este día, en el que multitud de peregrinos y romeros se dirigen al Santuario más venerado de la costa vizcaína, no podemos menos de dedicarle este nuestro modesto trabajo, para compensarle de los deliciosos ratos que nos ha hecho gozar, embelesados en el sublime panorama que desde su atalaya se divisa.

Este día, una muchedumbre de gente de toda condición se traslada a la famosa ermita erigida en el peñascoso islote de Gaztelugaitz: unos, piadosamente a cumplir sus votos emitidos en trances difíciles, y otros, a gozar honestamente del encanto de esta pintoresca romería.

A toda la vera del camino que por distintas direcciones conduce a Gaztelugaitz, se ven largas filas de romeros que dirigen sus pasos, por las laderas del monte Burgoa, de las pronunciadas faidas de Galdiz o de los acantilados de Tellekasketta, Utzatxe, Gaztañazarre, Urizerreta o Punta de Atatelle, hacia el mar. Por doquier se oyen los alegres sonidos del chistu y tamboril. Irrintzis y santzos, risas y algarabía, solamente apagados por el rumor de las olas que se rompen en los peñascos de la orilla del mar. El alegre colorido de los diferentes vestidos de romeros y peregrinos resalta sobre el verde césped cual florecillas silvestres... Todo es alegría y gozo, olvidando las penas que el mundo nos acarrea.

El eco dulce de nuestro idioma, del euskera que, maravilla a sabios filólogos, se deja oír a través de las canciones que elevan sus voces al cielo:

**San Juan Anteportaletaña
Larunbata arratsaldian
Amalau atso tronpeta joten
Motrollo baten ganian...
Urra, urra, urra, San Juan'etan
jantzan egingogu iparraxetan
¡Ujuju!
San Juan'era guaz gu.**

(San Juan Anteportaletaña, el sábado a la tarde, catorce viejas tocando la trompeta, en la cumbre de un montículo. Urra, urra, urra, en San Juan danzaremos en los vientos norteños. ¡Ujuju! A San Juan vamos nosotros.)

SITUACION GEOGRAFICA.—En la costa cantábrica, bañada por las procelosas aguas del Golfo de Vizcaya y situado al Nordeste de la bella ensenada de Baquío, una de las comprendidas entre los cabos Villano y Machichaco, se encuentra el famoso peñón-isla de Gaztelugatiz. Dista dos leguas de Bermeo, a cuya jurisdicción pertenece, y una escasa de Baquío. La carretera, de reciente construcción, que une estos dos pueblos permite situarse a cortísima distancia de él. Hállase enclavado a los 43° 29' de latitud Norte y 13° 14' de longitud, unido a tierra firme por una estrechísima vereda que sobre un puente ha sido trazada en la dura roca.

La colina que le sustenta es escabrosa y casi cortada a pico; topografía eminentemente selvática y peñascosa; para llegar a su cúspide es necesario subir trescientos peldaños, labrados en el duro suelo, batidos incesantemente por las impetuosas olas del mar que con demasiada frecuencia ofrece la fiera de su indomable poder. Al frente de la ermita hay una modesta casita, que antaño fue la mansión del ermitaño-guardián, que acogía familiarmente a los peregrinos a quienes sus devociones obligaban a pasar la noche en el Santuario. Tiene la chabola una cocina original que el humo, al cabo de los años, le ha dado unos fondos de sepia armoniosos, dignos de un renombrado pintor. El ermitaño, hace tiempo que abandonó este solitario y humilde «ermitage» y sólo hacen uso del albergue los romeros o «campistas» que maravillados ante la sublime visión del espectáculo marino-terrestre que se contempla desde él, repiten incesantemente la excursión, con el sano objeto de deleitarse de este encanto natural y maravilloso.

El cercano islote de Aqueche, completa el bello panorama y el Cabo Machichaco, atalaya que se adentra en el mar, sirve de fondo al escenario natural de nuestro anfiteatro. Sólo falta aparecer en las galerías y cuevas que forman la base del islote de Aqueche las «lamias», sirenas que completan el encanto de mares, lagunas o ríos.

«Gaztelugatiz, granítica península de rostro severo, entrámase en la costa cerca del campo de Orbizarreta u Orobizarreta —nos dice Angel de Zabala, en su «Historia de Bermeo»— y las austeras puntas marítimas de Mendialde, Archulo, Atatelle y Machichaco. Y en la meta del peñón que altivo lucha con la vesania de las tempestades que a sus plantas mueren gimiendo, yérguese la iglesia de San Juan. Y allí debió enlazarse, enroscándola, el castillo dentro de cuyo nimio perímetro se resistió contra Alfonso XI un puñado de caballeros vizcaínos. El terreno corresponde al barrio de San Pelayo, añascado con el de Zubiaur, por Baquío. ¡Cromo primoroso de pinceladas espasmódicas de las orillas del Cantábrico!»

San Pelayo, tiene el nombre de su propia iglesia que es muy antigua. Su patronazgo es mercenario de la casa de Urquizu. La Diputación de Vizcaya, ha restaurado magníficamente esta joya del arte románico.

Primitivamente, cuando Bermeo no había sido aforado aún, San Juan, San Pelayo y Zubiaur pudieron haber integrado un solo núcleo de población bajo distintos enunciados. Al paso de los tiempos, el nombre de San Juan de la Peña fue desechado y sustituido por el de Bermeo, al que a la vez le suplantó el de Baquío tan pronto como en su término se fundó la villa, conocida con aquel mismo nombre de Bermeo. Por fin prevaleció para siempre el actual de San Juan de Gaztelugatiz, voz indígena e indica la existencia allí de un castillo, quizá con

antelación al santuario o monasterio que, singularmente entre los navegantes, le comunica devota celebridad.

Colina escabrosa, cortada a pico, tras las colinas del Burgo, cuyas primeras estribaciones ruedan en rápidos declives sobre el mar, lamidas por sus aguas, lanza sus postreros rayos de pálidos tintes dorados, sobre las azuladas ondas, se engrandece la visión de Gaztelugaitz que contemplan nuestros ojos, y el silencio del lugar, acompañado del ocaso del atardecer, enaltece la sublimidad del paisaje.

¡Feliz mortal del cashero de Ercoreca, que tienes la dicha de vivir a la vera de San Juan de Gaztelugaitz!

HISTORIA A TRAVES DE LA LEYENDA.—

Gaztelugaitz, ¿fue castillo antes que iglesia o se fundaron al mismo tiempo?

La historia no ha dilucidado la verdadera fundación y primitivo destino del edificio. La ermita, que semeja nido de águilas coronando la cúspide del peñón, fue fundada a fines del siglo IX o principios del X, bajo la advocación de San Juan Bautista, por los dueños de las casas labradoriegas que sus cercanías poblaban, y en la era de 1081, don Iñigo Ezquerria, el Zurdo, VI Señor de Vizcaya, y su mujer le denominaron San Juan de la Peña, a semejanza del que existía y existe en Aragón, dándole décimas, en cuya escritura de donación aparecen testigos y fiadores varios caballeros y ricos homes vizcaínos y aragoneses, entre ellos Sancho Ortiz de Aulestia, Sancho Garteiz de Villela, Munio Munikoiz, Aba-Mome de Munkia (¿el abad Mome de Munguía?)...

Poco después convirtiéndose en monasterio, de los pocos que han existido en Vizcaya. Por la donación hecha por Don Lope, conde de Nájera, el año 1162, consta que el monasterio de San Juan de la Peña en Vizcaya, y a lo que se estima en Gaztelugaitz y sitio cercado de mares, poseía como suyos los collazos de Begonia, Arratía, Darabena y Gernikaz.

Aunque es cierto que Vizcaya no poseía muchos renombrados monasterios, podemos citar el antiguo y famoso de Santa Lucía de Zenarriza (hoy Santa María de Zenarruza), fundado el año de 968 por los más insignes caballeros vizcaínos. Después de construída y ampliada fue elevada a colegiata en 1380 por el obispo de Calahorra Don Gonzalo Mena.

El primitivo Santuario, levantado a expensas de las casas labradoriegas de San Pelayo, y del que desmembraron algunas de sus tierras los señores de Vizcaya, se derribó al comienzo del siglo XIII por amenazar ruina, reedificando, ampliando y sustituyéndole por la ermita reedificada en 1886 y que, más o menos restaurada, persiste en nuestros días. Un gran arco peraltado se abre en la fachada, coronada por una sencilla espadaña. Es de una nave, con coro; la cubierta, de madera, a dos vertientes. Abundan los ex-votos marineros. Tiene tres altares. El Mayor muestra la cabeza de San Juan en un plato; sus ojos son de cristal. «Y entró la hija de Herodías, bailó, y agradó tanto a Herodes y a los comensales, que dijo el rey a la muchacha: Pídeme cuanto quisieres, que te lo daré. Y le añadió con juramento: Sí, te daré todo cuanto me pidas, aunque sea la mitad de mi rei-

no. Y habiendo ella salido, dijo a su madre: ¿Qué pediré? Respondióle: La cabeza de Juan Bautista...» (San Marcos, capítulo VI.)

Historiadores aseguran que antiguamente fue Gaztelugaitz monasterio de tem-
plarios, habitándolo, después de su extinción, canónigos premonstratenses de la
Orden fundada por San Norberto, de quienes es fama que lo abandonaron al co-
menzar el siglo XIV para trasladarse a su colegio de Salamanca. Como compro-
bante de este aserto tenemos la carta del Señor de Vizcaya, Don Lope, fechada
en 1162, en la que declara que dona el monasterio a los Padres Premonstratenses.

El monasterio siguió viviendo su suerte, unas veces cuidado por devotos, pero
las más ocupado por banderizos, que tan levantada trajeron la tierra vizcaína en
los siglos XIV y XV y como su posición era inexpugnable, desde su recinto se
efectuaban correrías que hicieron implacables las reyertas de bandería, no dando
tregua a la mano y desafiando impunemente a las mesnadas de sus enemigos,
poderosos parientes mayores, porque las murallas que cerraban las villas y las
casas fuertes o fortalezas de los banderizos satisfacían, hasta cierto punto, las
exigencias bélicas de la época, y cuando esto no bastaba, las iglesias y las ermi-
tas se convertían en baluartes: Butrón, Abendaño, Mújica, Basurto, Madariaga y
Lezama Leguizamón, fueron los audaces desaforados de la intranquilidad reinan-
te en aquellos tiempos.

En el siglo XIV fue castillo inexpugnable. El historiador Labayru-Goicoechea,
para demostrarnos la importancia de este castillo, nos dice:

«En Bilbao seguía doña María Díez de Haro I manteniendo su derecho en
1332, y sospechando cualquier atentado del rey de Castilla, pues había casado ya
su nieta, la hija de don Juan el Tuerto, refugiado en Bayona, con don Juan Núñez
de Lara, que movía guerra al rey castellano, pidiendo la devolución de los bienes
confiscados a su suegro, municionó los cuatro castillos de más fama de Vizcaya,
que fueron el de Untzeta Munchete, Ereño y Gaztelugaitz.»

Hacia el año 1234 andaban revueltos los ánimos del rey castellano Alfonso XI.
Encontrado y desavenido con don Juan Núñez de Lara, Señor de Vizcaya, ocupóle



varias villas en tierra castellana, y no contento con ello, penetró en Vizcaya, dispuesto a apoderarse del Señorío. Los vizcaínos se dividieron en dos bandos: unos, por el rey, y otros, por el señor. Entre las fortalezas que permanecieron fieles a don Juan, Gaztelugaitz fue una de ellas, y por ser refugio del mismo, pretendieron apoderarse de ella.

Desde Bermeo dirigióse a este peñón, bien provisto de gentes y armamento. Sitióla rigurosamente, empleando las máquinas de aquel tiempo; pero la aspereza del lugar, el castillo bien pertrechado de todo género y la estancia en él de los insignes caballeros Joanes de Arteaga, señor de la casa y castillo de Gauteguiz de Arteaga; Tristán de Urdaibai, señor de esta casa en Forua; Lope Martínez de Belendiz, Ramiro de Madariaga, Ordoño de Fuika, Johan de Mendoza y Martín de Aróstegui, natural de Bermeo, de la ilustre casa de su apellido, y uno de sus más bravos defensores, inutilizaron la conquista del castillo que ondeaba la bandera de la legitimidad vizcaína.

Treinta días duró el asedio, sin que Alfonso XI pudiera adelantar un paso, y convencido de que jamás llegaría a conseguir su objeto, abandonó la empresa, retirándose de la ladera de Errialde, frontera a San Juan, y de los campamentos de Atatelle y Burgoa, haciendo las paces con Don Juan Núñez de Lara.

Y cosa singular: este mismo Don Juan Núñez de Lara que fue tan gran enemigo del rey, después que le prestó juramento de paz y que le nombró alférez mayor de sus ejércitos, luego del cerco de Gaztelugaitz, jamás dejó de serle fiel y consecuente prestándole los mayores servicios. El decidió la victoria de la memorable batalla del Salado, dada en 30 de octubre de 1340, al frente de sus renombrados tercios vizcaínos, alaveses y guipuzcoanos; el le acompañó con los mismos a los cercos y rendiciones de Alcalá y Algeciras en 1344. Don Juan Núñez de Lara, XVIII señor de Vizcaya, fue uno de los varones más insignes de su tiempo; falleció en 22 de noviembre de 1350.

Sosegada la tierra vizcaína momentáneamente, no era de esperar que el castillo de Gaztelugaitz fuese cercado nuevamente, y en esa creencia volvió a vivir su vida de Santuario; pero las necesidades de su nuevo destino obligaban a hacerle una reparación formal, la que se hizo por 2.160 ducados, acordándose que «en adelante y hasta mejor proveer fuese custodiado por un ermitaño-sacristán».

El 29 de abril de 1782, a las ocho de la mañana, fue saqueado el Santuario por unos corsarios ingleses, mandados por el célebre Drake, que desembarcaron en San Pelayo de Baquio. De varios otros sucesos fue testigo el islote de Gaztelugaitz, que la premura de espacio nos impide darlos a conocer.

Gaztelugaitz tuvo sus propiedades: Una parte de los montes y sierra correspondientes en propiedad a la villa costera bermeana pasaron a poder de dicho Santuario, hasta que el tiempo se encargó de reservarle únicamente la isla donde asienta sus reales, volviendo a su primitiva y humilde condición.

Esta ermita de San Juan Degollado o Santuario de Gaztelugaitz, a pesar de su incomunicación y de la aspereza del camino que conduce a él, ha sido muy visitado desde los primeros tiempos de su fundación por personas de diversas jerarquías, pero especialmente por navegantes que, en los momentos de peligro, le consagran sus votos, que nunca dejan de cumplír.

El encanto de su belleza ofrece alicientes para dedicarse de lleno al estudio que reconstruya la verdadera historia de este venerando Santuario, que sigilosamente guarda con su silencio.

LEYENDA A TRAVES DE LA HISTORIA.—La fama de este Santuario, lo pintoresco, rústico y bravío de su lugar incita a la fecunda fantasía del pueblo a forjar en su mente el encanto folklórico de la leyenda, que generalmente se conserva a través de los siglos con la hermosura y lozanía de su creación.

Allá en los tiempos remotos, y conviene no precisar la fecha para dejar toda la vaguedad posible de leyenda que siempre es encantadora, los «arrantsales» de Bermeo, movidos por devoción especial al Santo que ejerció su sagrado apostolado a orillas del Jordán, decidieron erigirle una ermita en el monte Galdiz. Cierta día de renombrada fiesta, subieron en ceremoniosa procesión al lugar predestinado, llevando por delante la bandera de la Cofradía, y con grande y respetuosa ceremonia dieron comienzo las obras de construcción. Adelantaban éstas grandemente, cuando una mañana, al reanudar los obreros el trabajo cotidiano, advirtieron con indecible sorpresa que no quedaba rastro de lo edificado, y fue mayor su extrañeza al manifestarles un pescador desconocido que por allí pasaba, que en el alto de la isla de Gaztelugaitz había visto los cimientos de la ermita. Atribuyeron este hecho a malicia diabólica y comenzaron de nuevo la obra en el primitivo lugar. Pasaron días, la obra crecía, y cuando menos lo pensaron desapareció nuevamente todo lo construído, que se encontró íntegro y sólidamente asentado en la cima del misterioso Gaztelugaitz. Grande fue el terror de la gente, pero un pensamiento consolador les hizo adivinar la voluntad del Santo, que elegía el lugar donde quería fuese levantada su ermita.

En breve tiempo quedó terminado el edificio en el peñón, cuyos cimientos puso el venturoso Patrón a quien se le dedicaba.

Como prueba de esta piadosa leyenda se enseñan las figuras pediformes grabadas en las losas que se encuentran en el camino que de Bermeo conduce al Santuario de Gaztelugaitz, y que constituyen las huellas que dejó la planta de San Juan Degollado cuando pasó realizando el milagro de la traslación.

¡Qué grata impresión nos causó cierto día, a nuestro regreso de una excursión montañera contemplar a un bermeano que se descubría y rezaba con gran devoción al pasar junto a una de estas huellas!

Para conmemorar la feliz llegada del venturoso tiempo de paz y al objeto de dar al olvido rencillas desdichadas, acordaron en tiempos felices, celebrar una romería general por el Santo que se adora en la ermita y el 29 de agosto, en que la iglesia venera con la mayor solemnidad la decapitación del Bautista, el cercano campo de Oriosciarreta se ve invadido por multitud de peregrinos y romeros que después de tributar sus oraciones al Santo, celebran la fiesta con la sana alegría que la tierra y el mar convidan a hacerlo.

En la espadaña de la ermita hay una campana de sonido claro y suave; de su badajo cuelga una cuerda. Un muchacho arrolla esta cuerda al cuello y empieza a repicar furiosamente. Dice que así San Juan le preservará del dolor de cabeza.

Más tarde una joven esbelta y graciosa de cabellos rubios y ojos azules, toca suavemente, temerosa de ser vista, la campana...

**La campana su clamor de plata
vierte en la brisa,
y cada vez más fuerte y clara
repica con tanta prisa...**

es la tradición secular que le promete contraer matrimonio en el corto tiempo de un año.

ETIMOLOGIA.—No es muy difícil dilucidar la clara etimología de este topónimo, compuesto de dos elementos: El primero es el sustantivo GAZTELU, que tiene en euskera la significación de CASTILLO, y el segundo es el conocido adjetivo GAITZ, que se traduce al castellano por DIFÍCIL. Por lo tanto, su interpretación es de «castillo difícil», «castillo inexpugnable», «castillo de difícil acceso», cuya verosimilitud significativa, morfológica e histórica están completamente de acuerdo.

Como verosimilitud significativa, hemos visto antes que concuerda admirablemente el nombre toponímico con el lugar designado, y que su interpretación es conforme, puesto que hemos visto en el transcurso de su historia la inexpugnabilidad del peñón-isla.

En cuanto a su verosimilitud morfológica, poco tenemos que decir, pues sus dos vocablos euzkéricos son puramente originales, sin haber sufrido la variación que los años imponen general y forzosamente. Por lo tanto, está también claramente demostrada esta parte de la gramática que trata de las formas que pueden afectar la materia.

Sabios euskerálogos, le asignan también otra etimología, dentro de la más pura ortodoxia de los cánones del idioma vasco: GAZTELU — G — AITZ = Peña del Castillo. El primer elemento, como hemos visto anteriormente, es el sustantivo que se traduce al castellano por «Castillo». AITZ, también es otro sustantivo como elemento indígena en la geología del país. Ni que decir tiene que todo lector habrá sabido ya interpretar su traducción: PEÑA. La G es epentética arbitraria intercalada entre dos vocales por eufonía. Todo ello tiene la equivalencia de «PEÑA DEL CASTILLO», cuya verosimilitud morfológica y toponímica también es verdadera y por lo tanto aceptable.

Además del nombre de Gaztelugaitz, es conocido igualmente por los de Gaztelugatx y Gaztelugatxe; pero hemos adoptado exclusivamente el primero por ser el originario y el que mejor le corresponde, a nuestro juicio.

NESTOR DE GOICOECHEA

BIBLIOGRAFIA:

- Angel de Zabala, «Historia de Bermeo».
Ernesto Delmas, «San Juan de Gastelugache».
Jaime Labayru-Goicoechea, «Historia de Bizcaya».